

LA PRIMAVERA SOCIAL FRANCESA Y LOS LÍMITES HEGEMÓNICOS DEL MACRONISMO



JUAN CHINGO

Comité de redacción de *Révolution Permanente*
(<http://www.revolutionpermanente.fr/>)¹.

¿Qué es el macronismo?

La eficacia que ha caracterizado al macronismo a lo largo de casi un año de mandato se debe a una combinación excepcional de circunstancias. Algunas son más cíclicas, otras más estructurales. Entre ellas se destacan las siguientes: (a) la forma en que hizo pesar la legitimidad de su mandato electoral y el hecho de haber “anunciado el tono” de alguna manera; (b) la recuperación económica relativa, a pesar de sus fuertes contradicciones; (c) el vacío y la fragmentación que caracterizan el escenario político, que a pesar de ser una expresión de la crisis orgánica del capitalismo francés, en el futuro inmediato amplían

el margen de maniobra y de acción del ejecutivo; y, lo que es más importante, (d) la cobardía y el carácter timorato de las direcciones actuales del movimiento obrero.

A diferencia de las dos coaliciones sociales que se sucedieron en el poder en los últimos veinte años, el macronismo ayudó a unificar políticamente a la gran burguesía, otrora dividida por la fractura izquierda-derecha, así como a importantes sectores de las clases medias altas en torno al proyecto neoliberal. Con un proyecto político a la vez impregnado de una mística individual y encarnado por la figura del emprendedor 2.0, el

liberalismo habla en primera persona a través de Emmanuel Macron, lo cual hace tiempo que no se veía.

Sin embargo, no nos confundamos. No debemos confiar en el consenso que une a las clases gobernantes ni en la gran mayoría parlamentaria de la que goza el ejecutivo. De hecho, si comparamos el caudal de votos obtenidos por Macron en la primera vuelta de las elecciones presidenciales con el padrón electoral y no con los votantes, está claro que el exinquilino de Bercy y exasesor de Hollande no ha recaudado más que el 18 % del electorado potencial. Estos resultados revelan los

límites de la base social del macronismo, que se beneficia principalmente de una oposición debilitada y fragmentada. En este sentido, se trata de un bonapartismo débil.

Consciente del carácter coyuntural de las circunstancias favorables, así como de estar apoyado en un bloque social muy frágil, situación que lo obliga a asestar sus golpes con vigor y velocidad, Macron utilizó una táctica distinta a la de sus predecesores. En su caso, se trata de aplicar una especie de ofensiva permanente, evidenciada por la cantidad de reformas altamente explosivas que ya se han votado. Pero este ritmo sostenido de reformas también tiene otro objetivo. Se trata de inmovilizar al movimiento de masas y de evitar su cristalización.

Pero si el macronismo se apoya, por derecha, sobre los mecanismos más antidemocráticos de la V República, la eficacia de esta primera parte del mandato de Macron no puede comprenderse sin el papel central que han desempeñado para el régimen, por “izquierda”, las direcciones de las grandes centrales sindicales. Las mismas no esperaban un ataque tal contra las “organizaciones intermediarias”, lo que expone, además, su impotencia actual. Se trata entonces de las consecuencias del carácter reformista de las direcciones oficiales del movimiento obrero y de su colaboración de clase más o menos abierta y asumida con la patronal y el Estado burgués de los que dependen. Sus lamentos actuales son la expresión de la decadencia y la impotencia de los “interlocutores sociales” en un momento en que el capitalismo francés se muestra implacable en la despiadada competencia internacional y europea por los mercados.

Las dificultades para resolver la crisis de hegemonía del capitalismo francés

El conjunto de elementos que hemos enumerado ha permitido avanzar a Macron y,

por sorprendente que pueda parecer, sin provocar una reacción significativa en las calles. Sin embargo, queda por demostrarse su capacidad de transmitir un mensaje convincente. Esto genera mayores dudas en cuanto su capacidad para resolver la crisis de hegemonía de la burguesía francesa. Paralelamente, también resquebraja su máscara de invencibilidad. Se trata, por lo tanto, de un conjunto de elementos que podría aprovechar el movimiento de masas para pasar a la ofensiva.

La ola macronista podría estar ya en pleno reflujó. Pese al voluntarismo manifiesto del presidente, el año 2018 no es equivalente al año 1984 de Margaret Thatcher. Esto se debe tanto a las condiciones internacionales, extremadamente fluidas, en relación con la centralidad del conflicto entre Estados-naciones en detrimento de las tendencias globalizadoras, como a las condiciones francesas. Según lo definido por la XI Conferencia de la Fracción Trotskista-Cuarta Internacional de marzo de 2018, el macronismo, como última versión del neoliberalismo francés tardío, es “un neoliberalismo senil, no hegemónico, que tiende a profundizar la polarización social y política, lo cual podría crear condiciones más favorables para el desarrollo de procesos agudos de lucha de clases y una mayor radicalización política”.

La batalla de los trabajadores ferroviarios es el punto de avanzada de una primavera social que podría agitarse. En el sector privado, hay huelgas por parte de todas las categorías de los trabajadores de Air France por aumentos salariales, mientras que el sábado 30 de marzo, durante el fin de semana de Pascua, la cadena Carrefour fue sacudida por una huelga histórica. Entre los jóvenes se desarrolla un movimiento en las universidades que por el momento no ha explotado de manera generalizada, pero que aun así persiste. La jornada de acción del 22 de marzo, a petición de

siete de las nueve federaciones sindicales del servicio público, confirmó el estado de descontento. Paralelamente, la CGT federación de servicios públicos y la CGT de transporte pedían una huelga indefinida de recolectores de basura, planteando la cuestión de crear un servicio público real para la recolección y limpieza de basura, con la creación de un estatus particular y el reconocimiento del arduo trabajo y de las condiciones de insalubridad en ese sector. En el sector energético, se anunció un calendario de huelgas, donde se esbozan fuertes críticas a las consecuencias de la privatización. Todo esto debe analizarse en el contexto de la movilización persistente en los EHPAD (geriátricos). La tensión es, de hecho, creciente y palpable.

Sin embargo, tanto los obreros disconformes como los estudiantes y sectores populares se enfrentan a un gran obstáculo: la estrategia cobarde y corporativista de las direcciones oficiales del movimiento obrero y la continuación de la estrategia de diálogo dentro de los límites del Gobierno. Esta estrategia de presión de los sindicatos busca abrir un canal de diálogo con el capital y su Estado, aunque este último sea inflexible.

En este contexto, mientras los dirigentes más reformistas, como los de la CFDT, se oponen a cualquier perspectiva de lucha, los dirigentes más críticos, como los de la CGT o Solidaires, culpan de la derrota a la falta de movilización de los trabajadores, mientras continúan asistiendo a “mesas redondas” y otros espacios de “diálogo” con el gobierno.

Así, Laurent Berger, Secretario General de la CFDT, puede criticar la convocatoria a una jornada de movilización interprofesional (de distintos sectores de trabajadores) para el 19 de abril lanzada por la CGT.

¿Cuál es el objetivo de Martínez [dirigente de la CGT. NdE]? [...] ¿Hacer caer a Macron?

Es un callejón sin salida ¿Qué aporta a los trabajadores? La CGT cae en la trampa de la oposición frontal y al final, podemos ver quien gana. La convergencia de las luchas es una política. No corresponde al sindicalismo librar semejante lucha. Debemos librar una lucha sindical que dé resultados concretos a los trabajadores.

Pero eso es justamente lo que deberíamos buscar: una huelga general política que paralice el país y derrote toda la política del gobierno. Pero mientras Martínez dice que está listo para la convergencia de las luchas (en 2016 incluso amenazaba con convocar a una huelga general), por detrás trabaja con un programa puramente reivindicativo y parcial que no puede despertar el entusiasmo del movimiento obrero. En 2016, en contra de la Ley El Khomri, así como en 2017 en contra de la reforma laboral XXL, la CGT siempre se ha negado a defender un programa que contenga como punto de partida el retiro de la contrarreforma del código del trabajo, pero también la mejora de las condiciones laborales, contra la precariedad y el desempleo, que permita la expresión de la energía y la combatividad de los sectores más precarios o empobrecidos del proletariado, como los jóvenes que viven en barrios precarios, universitarios y secundarios. Mientras que hoy la CGT se ve obligada a hablar sobre el poder adquisitivo, el empleo y los derechos colectivos, se cuida de no pedir la derogación de las leyes, el retiro del plan de privatización de los ferrocarriles (que incluye la eliminación del convenio ferroviario), sin mencionar un claro llamado a una huelga interprofesional.

Del mismo modo, busca evitar el surgimiento de cualquier forma de autoorganización, incluso en la empresa estatal de ferrocarriles (SNCF), donde las tácticas de la huelga de 2 de cada 5 días en un horario preestablecido

juegan el papel de vaciar las asambleas generales de sus propios miembros, sobre la toma de decisiones y los ritmos de movilización, donde se realizan asambleas generales de los miembros de la CGT, separados del resto de los huelguistas, etc.

Así como en el pasado, en la actualidad no está escrito en ningún lado que los trabajadores no estén listos para una lucha dura o incluso una huelga general, como lo sugirió la dirección de la CGT. Lo que es seguro, sin embargo, es que nadie puede involucrarse en una lucha hasta el final únicamente sobre la base de demandas inmediatas o parciales. Nadie puede participar sin que la dirigencia exprese una perspectiva, una determinación y una estrategia para ganar contra Macron y sus planes, y mucho menos si los trabajadores no tienen voz en ello. Esto es, sin embargo, a lo que se opone radicalmente la dirección de la CGT, como si temiera desencadenar una lucha con características revolucionarias como en 1936 o 1968.

En la década de 1930, cuando los efectos de la Gran depresión se hicieron sentir en Francia y antes de una ola de huelgas que condujo a ocupaciones de fábricas y el comienzo de un proceso revolucionario, León Trotsky criticó la lógica sindicalista y corporativista de la dirigencia del Partido Comunista Francés (PCF) y su programa de “demandas inmediatas”. Al señalar los límites de esta orientación, Trotsky enfatizó cómo:

La enunciación de las reivindicaciones inmediatas está hecha en forma muy general: defensa de los salarios, mejoramiento de los servicios sociales, convenios colectivos, “contra la carestía”, etc. No se dice una palabra sobre el carácter que puede y debe tomar la lucha por estas reivindicaciones en las condiciones de la crisis social actual. Sin embargo, todo obrero comprende que, con dos

millones de desocupados y semiocupados, la lucha sindical por los convenios colectivos es una utopía. En las condiciones actuales, para obligar a los capitalistas a hacer concesiones serias es necesario quebrar su voluntad; y no se puede llegar a esto más que mediante una ofensiva revolucionaria. Pero una ofensiva revolucionaria que opone una clase contra otra no puede desarrollarse cínicamente bajo consignas económicas parciales. Se cae en un círculo vicioso. Aquí está la principal causa del estancamiento del frente único.

La tesis marxista general: las reformas sociales no son más que los subproductos de la lucha revolucionaria, en la época de la declinación capitalista tiene la importancia más candente e inmediata. Los capitalistas no pueden ceder algo a los obreros, más que cuando están amenazados por el peligro de perder todo.

Pero incluso las mayores “concesiones” de las que es capaz el capitalismo contemporáneo (acorralado él mismo en un callejón sin salida) seguirán siendo absolutamente insignificantes en comparación con la miseria de las masas y la profundidad de la crisis social. He aquí por qué la más inmediata de todas las reivindicaciones debe ser reivindicar la expropiación de los capitalistas y la nacionalización (socialización) de los medios de producción. ¿Que esta reivindicación es irrealizable bajo la dominación de la burguesía? Evidentemente. Por eso es necesario conquistar el poder².

También se puede subrayar cómo, manteniendo una postura combativa, la dirección de la CGT presenta excusas que no son nada nuevo. Trotsky respondió en el mismo texto a la dirección reformista del movimiento obrero en ese momento que:

Los jefes del Partido Comunista pueden, por cierto, invocar el hecho de que las masas no

atiendan a sus llamados. Ahora bien, este hecho no invalida, sino que confirma nuestro análisis. Las masas obreras comprenden lo que no comprenden los “jefes”: en las condiciones de una crisis social muy grave, una sola lucha económica parcial, que exige enormes esfuerzos y sacrificios, no puede arrojar resultados serios. Peor aún: puede debilitar y agotar al proletariado. Los obreros están dispuestos a participar en manifestaciones de lucha e incluso en la huelga general, pero no en pequeñas huelgas desgastadoras sin perspectiva. A pesar de los llamados, los manifiestos y los artículos de *L'Humanité*, los agitadores comunistas casi no se presentan ante las masas predicando huelgas en nombre de “reivindicaciones parciales inmediatas”. Sienten que los planes burocráticos de los jefes no corresponden para nada, ni a la situación objetiva ni al estado de ánimo de las masas. Sin grandes perspectivas, las masas no podrán ni comenzarán a luchar³.

Esta es una paradoja que encuentra su analogía en la situación actual. Mientras que el gobierno se impacienta y, desde abajo, hay una tendencia creciente a la combatividad y la radicalización de las masas, a la convergencia y la generalización de las luchas en vista de la huelga general, desde arriba, dentro de liderazgo sindical, seguimos jugando el falso juego del diálogo. Esto no evita los llamados a acciones más “combativas”, como la del 19 de abril, que básicamente busca cubrir su falta de determinación y canalizar mejor a los sectores más combativos de su confederación.

Es en este sentido que, en su artículo titulado “Ataques a la SNCF: la oportunidad” publicado el 20 de marzo, Frédéric Lordon critica la “miseria del sindicalismo *sindicalista*” cuando señala cuáles son los límites de estas direcciones del movimiento obrero:

Pero decir que el mundo es malo, incluso considerarlo odioso, implica una respuesta y política real. Implica tomar las calles para una verdadera política, y no para la tribuna (...). Es bastante obvio que solo tendremos éxito si llevamos a los trabajadores no ferroviarios hacia el conflicto de los ferroviarios. Es decir, con la condición de vincular a los trabajadores ferroviarios con el resto de los trabajadores y estudiantes, y que ese vínculo sea político... Si el sindicalismo *sindicalista* no puede hacer política, es decir, tener un discurso general, donde además de las luchas particulares pueda llegar a tener un sentido para el conjunto, no triunfará durante una gran confrontación, precisamente porque los grandes enfrentamientos conllevan intereses esencialmente políticos, si solo se quedan en las particularidades del frente atacado (en este caso, el SNCF)⁴.

Incluso si lo hace a favor de otra variante del reformismo, la encarnada por France Insoumise de Jean Luc Melenchón, con la marcha del 5 de mayo, que lejos de ser un día de huelga con un plan de lucha centralizado en la perspectiva de una huelga general para derrotar a Macron, es solo otro intento de diluir el movimiento obrero en “el pueblo”. La crítica de Lordon a los límites del sindicalismo es tan cierta como lo es la necesidad de incorporar un “discurso general”, es decir, un programa que va más allá de las demandas mínimas o defensivas (y sin negar, como lo hace Lordon, el papel progresivo que juegan en una gran cantidad de conflictos) para despertar el entusiasmo de las capas más diversas de los explotados.

Los trabajadores están cansados de movimientos que ya se anuncian perdedores antes de empezar, de huelgas parciales, que no hacen

más que agotar las fuerzas de las capas más conscientes de los trabajadores. Pero la determinación de los trabajadores es proporcional a los objetivos de su lucha, así como a su confianza en la capacidad de ganar, como hemos visto en movimientos parciales, como los trabajadores de limpieza de las estaciones parisinas del grupo Onet, con su victoriosa huelga de 45 días, donde no solo lograron detener los ataques, sino también obtener nuevos logros, como la integración de todo el personal dentro del convenio colectivo de los ferroviarios.

La posibilidad de que la batalla de los ferroviarios sea la chispa de un movimiento general de protesta contra Macron está latente. El resultado de esta primera batalla tendrá consecuencias tanto en la continuación de su mandato, como en la situación del movimiento obrero en su conjunto. Una derrota del gobierno, rompiendo el mito de su invencibilidad, puede abrir un escenario donde los trabajadores y jóvenes se pongan a la contraofensiva en todos los terrenos. No hay tiempo que perder, la clase trabajadora y los jóvenes deben levantar una estrategia y un programa para ganar. ●

1. Publicamos un extracto de este análisis que puede consultarse completo en www.laizquierdadiario.com.

2. Trotsky, L., “Una vez más, ¿Adónde va Francia?”, en *¿Adónde va Francia? / Diario del exilio*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2013, p. 85.

3. *Ibidem*, p. 102.

4. Lordon, F., *Le Monde Diplomatique*, 20/03/2018.